



JUAN JOSÉ DELGADO

Juan José Delgado (1949). Valle de San Lorenzo (Arona). Tenerife. Es autor de los libros narrativos: *Canto de verdugo y ajusticiados* (Premio de Novela Ciudad de La Laguna, 1988), *Estantigua* (Premio de Cuentos Ciudad de Santa Cruz, 1988), *La fiesta de los infiernos* (novela, 2002), *Viaje a las tierras perdidas* (novela juvenil, 2002). Y de los poemarios: *Tres gritos favorables bajo las nubes* (1985), *Comensales del cuervo* (1989), *Un espacio bajo el día* (1996).

## DOBLE AUSENCIA EN LA CASA HAWTHORNE

**S**e la conocía por Casa Hawthorne. Había pasado la prueba de los siglos; como si la hubieran levantado, rancia y señorial, desde que el mundo es mundo. El nombre Hawthorne venía de lejos y otros apellidos lo habían ya enterrado. Siempre así ha sido: “Pasa una generación y otra la sigue; la tierra, por el contrario, se mantiene inmutable.”

La familia Solórzanos residía en la casa de sus ancestros. Marido y mujer establecieron, entre otras capitulaciones matrimoniales, avvicinar a la madre de Nataniel, viuda de Solórzanos, a unas pocas cuadras de distancia, en una regalada casa que le habían comprado en el Paseo de Los Cipreses. Tras la bonita fachada de su nueva vivienda, la anciana contaba las horas hasta que llegaba por fin el acordado encuentro de la semana.

En esos días, a marido y mujer se les veía salir por la puerta principal de la Casa Hawthorne; andar los pocos pasos del porche que daban a la escalera; buscar ella espacio, metiendo su brazo derecho entre el brazo y el costado izquierdo del marido; enlazados los dos, bajar cinco escalones, traspasar la puerta de hierro, emparar con la acera y girar a la derecha, en paralelo a la vieja avenida que pasa cercana.

Como día festivo que era, la madre de él, doña María Cristina de los Solórzanos y Solórzanos, esperaba a su hijo, Nataniel, quien ya viene con su esposa. En los días festivos podía presentirse a la vieja madre entre los visillos de la ventana. En esos días, a la de los Solórzanos, le gustaba salir por su puerta y aparecer puntual y religiosamente en la calle. Se ha acostumbrado la vieja señora a acoplarse, en plena marcha, al lateral derecho de su hijo. Los tres, familiarmente articulados ya, proseguían el paseo hasta dar con la plaza de la catedral. Doce campanadas tocan en el punto y preciso momento en que la callada familia se adentraba en el templo. Cuarenta minutos después salían y, con paso ligero, llegaban para probar un dulce en una nombrada dulcería. Saboreaba un mimo de blancura infinita la viuda de Solórzanos. Sara manchaba sus labios en el dulce calor del color del chocolate. Controlaba el episodio, billetera en mano, el inapetente Nataniel: expectante y atento al precio que pronunciará la camarera.

Alguien contó que Nataniel había abandonado la casa a las nueve  
en punto de la noche.

Huyó: dejaba madre y mujer, se fugaba siniestro, y no volvió atrás  
la vista. Sólo la oscuridad fría de la noche, sólo las gotas de llovizna  
lo siguieron durante el trecho y horas que tardó  
en alcanzar un hospedaje.

Fue una travesía semejante a la del viaje de ciertos animales  
que salen de su territorio en circunstancias extremadamente  
desfavorables.

Animales de hibernación como las marmotas, los lirones,  
los murciélagos. Pero, para esta ocasión, Nataniel era un oso empujado  
hacia otra parte. Y como un oso había estado acumulando una larga  
reserva de no se sabe qué. Esa provisión lo mantuvo alejado y viviendo  
lejos de su hogar durante veinte años.

Durante veinte años a unos veinte minutos de distancia de su casa.  
Veinte años de oscuro animal hibernante en el letargo de su gruta.

Poco después se supo que, a las doce menos cuarto,  
Sara había también salido. Que Sara también huyó de aquella casa.  
Quien lo contó, añadía cosas de propia cosecha: la escapada de la mujer  
coincidía con el vuelo súbito de un ave que, de un paraje cercano,  
casi le salta al pecho al que lo estaba contando.

Entre el desconcierto producido por el revoloteo de plumas,  
aquel testigo, temblándole las carnes –según él mismo relataba–,  
no sabría decir si lo escuchado procedía del canto propio de un ave  
agorera o de las tensas cuerdas vocálicas de Sara,  
quien trasponía calle arriba a no se sabe dónde.

Aquel alboroto trajo al sobrecogido testigo al bar de la esquina  
en donde acabó el cuento, casi una botella y completamente borracho.

Los pocos que lo escuchábamos, achacábamos aquella atrabiliaria  
historia a las indiscreciones y travesuras de la mala bebida.

No dimos al principio ningún crédito a sus palabras. Pero a la mañana  
siguiente, día festivo, se advirtió la doble ausencia.

El reloj iba marcando minuto a minuto cuánto se demoraba la aparición  
del matrimonio. A unos centenares de metros más allá, los visillos de la  
casa de doña María Cristina de los Solórzanos se revolvían  
tal como se revuelven los muertos cuando una mortificación les llega  
hasta su tumba.

*Pasa una generación y otra la sigue;  
La tierra, por el contrario, se mantiene inmutable.*

A partir de entonces me interesé por aquellos dos seres que se habían distanciado y perdido uno del otro. A  
él lo descubrí un día y por casualidad: Nataniel entraba en un hotel con un periódico doblado en la mano.  
Según comprobé, no cambió de nombre. El recepcionista confirmaba la identidad.

Que descubriera el paradero de Sara me llevó más tiempo. Sabía lo de su marcha por el camino norte de la  
ciudad. Confiaba en que en algún punto de la línea recta había situado su residencia. Y me hice un habitual  
paseante de la misma larga calle. Con el tiempo comencé a viajar en el autobús que aseguraba esa línea.  
Ora bien por la ventana derecha, ora bien por la de la izquierda, miraba hacia fuera con la esperanza de  
que Sara entrase un día por los ojos. Y apareció. Un carrito de compra delante de ella; sí, ella, asemejada  
a un pájaro entretenido en su canto, canto dentro, y ajeno al mundo que afuera pasaba por los lados.

Después de todos los años en que los sometí a vigilancia, puedo hacer constar que nunca hubo una sola  
ocasión ni oportunidad en que los dos se vieran o coincidiesen. Sus vidas eran demasiado rectas y el radio  
de acción no alcanzaba nunca los de su antigua casa.

Rogaban a sus amistades y personas piadosas una oración por el eterno descanso.  
También rogaban servirse asistir a la conducción de su cadáver desde el tanatorio

a la parroquia donde se le dirá misa *corpore insepulto*.

Seguidamente al cementerio.

Los nombres de Nataniel y de Sara no quedaron escritos en la esquila de la difunta.

91 años.

Descanse en paz la señora de los Solórzanos y Solórzanos.

“No hay recuerdo de los antiguos

—me dije—, ¿habrá memoria cerca de aquellos que existirán en el futuro?”

Me dije: ésta es una buena razón para redoblar la vigilancia. Y me aposté en una esquina desde donde mi vista dominaba el acceso a la puerta del tanatorio. No olvidaba otras posibilidades. Estimé que la más razonable podía ser el merodeo de Nataniel por los alrededores. Demasiadas veces lo llegué a ver con el periódico doblado en ruta a su guarida. Estaba claro que su existencia de fiero encierro lo llevaría a devorar hasta los anuncios por palabras. Cómo no iba a fijarse, morbosamente, en las esquelas con que diariamente se anuncian las pérdidas irremediables. Por lo que yo sé, sólo en una ocasión, cuando se cumplían dos semanas de su imprevista escapada, logré localizarlo en las inmediaciones de la casa que había abandonado. Desde su esquina observaba el apacible escenario donde él se figuraba que estaría habitando aún su mujer. Hay maneras de comportarse en la gente por las que se intuyen ciertos pensamientos y sentimientos que agobian a la persona. Yo percibí que aquella alma en pena tenía por cierto que Sara, en cuanto se supo abandonada, lloró y maldijo al que la había dejado. Nataniel nunca se enteró de la huida furtiva de su esposa. Y se mantuvo, también él, ignorante de su propio abandono.

Exactamente igual que ella.

Es imposible asegurar qué ocurrió en esas dos horas y cuarenta y cinco minutos. En ese tiempo aquellas dos vidas se volvieron definitivamente la espalda y habían cerrado uno a otro, sin saberlo y mutuamente, la puerta. Se habían repudiado sin que el otro acusara la ausencia. Se habían alejado, extraviados, ignorando que a partir de las doce en punto de aquella noche, la casa común quedó despoblada. Porque él todavía la imaginaba allí, en su casa, como a una Penélope sin hijo ni pretendientes. Y, asimismo, ella lo entrevía entre aquellas sordas paredes, con esa forma suya, con esa manera con que Nataniel sabe mostrar el rostro imperturbable por más que ella lo dejara una noche sin ninguna explicación. En dos horas y cuarenta y cinco minutos se consumó la doble ausencia.

Pero Nataniel no ha ido al tanatorio.

Su madre muerta resiste en cuerpo presente las últimas horas que todavía se pegan a su soledad.

Se sabe que la soledad de un muerto no tiene medida.

No puede medirse.

Simplemente crece

y se hace tanto más evidente cuanto más se halla rodeado del ritual al uso con el que se les avisa a los muertos que ya están definitivamente muertos.

Hay cuatro cirios que marcan el territorio del ataúd.

Está la madera abierta, como la de una ventana, por la que se asoma entre visillos la cara muerta de la señora de Solórzanos.

Y entonces llega uno solo. Llego yo. Me pongo allí. Al lado. Asentando, sin saberlo, todavía más la soledad aquella.

Llegué a creer que, sin mi presencia, la muerta se sentiría mejor acompañada.

Me parecía que estaba yo sólo allí para certificar su vergüenza.

Por eso me fui. La dejaba sola.

Ni tanatorio, ni parroquia ni misa; ni flores; ni acompañamiento de coche fúnebre; ni cementerio. Ni Nataniel; ni Sara.

Después de mirar su madriguera, una vez ya instalados, aislados, Nataniel, Sara y también

la señora de los Solórzanos cerraron el hueco de luz que venía desde la puerta de la entrada. A partir de entonces sintieron más lenta la vida y padecieron los efectos de la hibernación. Simplemente continuarían manteniendo las actividades biológicas primordiales: se cuidarían del frío, comerían a sus horas, digerirán alimentos, excretarán, dormirán<sup>1</sup>.

La de los Solórzanos fue una vida más que hacía mucho tiempo se había salido  
del camino.

El ancla del reloj la había detenido entre los visillos de la casa.

Dejó caer las velas de su nave.

Se dijo que ella era ya sólo una piedra y que ahora le tocaba ganar  
al viento.

No haría más rumbos.

Sólo quedaba tirar por fin la bitadura:

Cada día miraba el cable del ancla que quedaba en la cubierta.

Pronto fondearía en el agua muerta.

Nataniel y Sara eran especímenes de edades y costumbres semejantes, por lo que no extrañará en los dos que obedecieran la llamada del regreso el mismo día, a la misma hora y hacia el mismo punto de donde migraron. Su instinto animal les facultaba para volver exitosamente a su lugar de origen. Y como si ambos respondieran a una fuerza proveniente de la casa, empezaron a virar hacia ella, como si presintieran que las puntas de las agujas del reloj también habían dado la vuelta y viraran hacia abajo. Ahora –nueve en punto o doce menos cuarto de la noche– Sara y Nataniel bajaban segundo a segundo en dirección a su centro.

*Nace el sol, muere el sol,  
y se apresura hacia el lugar  
donde renace.*

O un salmón, Nataniel, que busca su río para ir al encuentro del remanso que le sirvió de cuna; un viaje contracorriente, contratiempo, contrasímismo, contraSara. No hubo especiales dificultades.

El oso había desaparecido de las orillas, no estaban emboscados,

en los vados no había zarpas que aguardaran el regreso instintivo del animal.

Y remonta memorias río arriba. Confía en las pulsiones que salen de las grietas de la carne y lo orientan hacia un punto,

hacia una ceremonia que los reunirá y tras la cual llegaría fatalmente la muerte.

Nataniel mantenía en todos sus pasos el mismo instinto rígido.

Había nubes y la lluvia cerraba la noche. Y, sin embargo, Sara, mariposa migratoria resistía las inclemencias. Algún misterioso órgano, con invisibles agujas de magnetita, apuntaban con precisión a la casa.

No era pájaro que ahora regresaba acompañado de un canto propio. Pero era mariposa grande como un pájaro.

No se orientaba por la posición de las estrellas (las nubes y la lluvia cerraban la noche).

Acaso la memoria de un fuego encendido en la casa la atrajera.

Y hacia la esperada llama avanza Sara,

como una peregrina sin ruido que mansamente huye del aire tempestuoso

y procura despedirse mansamente

del oscuro.

A las doce en punto coincidieron Sara y Nataniel en la puerta de la cancela de hierro de la Casa Hawthorne. Mi casa, al otro lado de la avenida aunque frente por frente a la suya, me permitió atender detenidamente aquel silencioso reencuentro. Se veía cómo traspasaban el menudo jardín; cómo subían uno a uno los cinco escalones. No se cruzaron las miradas. Aunque por mera costumbre acompasaron los pasos, la distancia entre uno y otro era ancha: no iban de brazo partido. Y quedaron los dos igualmente fijos e inamovibles ante la puerta.

Veinte años atrás habían salido. Ninguno probablemente pensó en regresar. Cada uno había vivido con el pensamiento de que el otro esperaba en la casa. Ahora los dos estaban fuera, a la intemperie, clavados a pie firme. Las dos llaves continuaban en el mismo sitio. Donde las habían dejado. Dentro. Dos llaves herrumbrosas en un viejo llavero cubierto de polvo que colgaba en la desolada pared a un lado de la puerta.

<sup>1</sup> Especialistas en esta rama de la biología animal han demostrado que no es continuo el sueño en la mayoría de los seres hibernantes. Puede verse interrumpido por periodos de vigilia. No obstante, la percepción del mundo y de sí mismo queda notablemente trastornada